

EL PARQUE NACIONAL DEL TEIDE¹

por ANTONIO MACHADO CARRILLO

a D. Telesforo Bravo Expósito, maestro de naturalistas

El presentar un territorio a través de imágenes – soberbias fotografías en este caso, justo es decirlo – es una buena y sabia aproximación, si nos atenemos al consabido aforismo de que una imagen resulta más útil que mil palabras. Pero aún así, no es del todo suficiente.

Un territorio, incluso siendo tan limitado como el que nos ocupa, es algo más que el paisaje visual que se abre ante nuestros ojos. Falta el sonido, faltan los silencios, faltan las fragancias y el roce suave de la brisa sobre nuestra epidermis. El paisaje supera lo plástico con una amalgama de sentidos, ciertamente difíciles de recoger sobre papel, salvo para las artes poéticas. Es preferible hacer el esfuerzo y visitar el lugar cuantas veces sea necesario para apreciar sus múltiples momentos; incluso los más esquivos como el primer rayo de sol en la mañana, o los días de cencellada en el crudo invierno. En buena ley, todo paisaje debería ser una experiencia sensual y omnímoda.

Pero debemos ir aún más allá. El paisaje que contemplamos no está ahí por gusto. Nada es capricho en la Naturaleza. Existen razones que explican el porqué de su actual conformación; razones que obviamente se encuentran en el pasado. Por eso, para poder abarcar todas las dimensiones de un paisaje, para captar la esencia de un territorio, es necesario arropar la visión de nuestros ojos con las luces del entendimiento. Es imprescindible, pues, hurgar en sus raíces: en su historia natural y su historia humana.

Los geólogos saben leer en las piedras; los biólogos en la presencia o ausencia de determinadas especies, y los arqueólogos, en los restos de una vasija rota, pero estas pericias no se las voy a exigir a los lectores. Por el contrario, haremos el ejercicio intelectual de rebobinar sin más la cinta del tiempo, y nos situaremos en distintas épocas del pasado. Este es el reto. De modo forzosamente sucinto, les contaré la historia del Parque Nacional del Teide; antes de ser parque, antes de ser Teide, antes de haber isla...

Historia geológica

Hace 65 millones de años, cuando los dinosaurios aún dominaban la Tierra, el lugar donde hoy se alza el Teide no existía; todo era pura agua. Sin embargo, el germen de nuestra historia podríamos hallarlo a tres mil metros de profundidad, en el lecho del océano, o incluso a mucha más profundidad, en el borde superior del manto terrestre. Allí, tal vez a 50 kilómetros en la vertical, existía una red compleja de cámaras magmáticas cuyo origen atribuimos a los movimientos expansivos de la corteza oceánica; es decir, al suelo del Atlántico en formación. No sabemos exactamente cuando comenzó a escapar este magma hacia arriba provocando erupciones volcánicas submarinas, pero el caso es que éstas se sucedieron durante varios millones de años, con periodos más o menos intensos de actividad. Así se fueron levantando montañas submarinas cada vez más altas, hasta alcanzar la superficie del mar y emerger como islas. Una tras otra afloraron las islas Canarias a muy poca distancia de la costa de África (Tenerife está a 307 km), pero sin realmente tener nada que ver con el vecino continente. Todas las Canarias son hijas del mar.

Tenerife emergió hace 7.600.000 años, pero desconocemos realmente cuántos millones de años tardó en levantarse el edificio insular desde las profundidades del océano. Hoy, la parte al descubierto, es decir, la isla, corresponde solo a un 8,2% de la masa de todo el edificio, como un peculiar iceberg que oculta bajo el agua mucho más de lo que nos muestra a la vista.

La forma triangular de Tenerife terminada en tres cabos, es característica de muchas islas volcánicas. Cuando una fuerza punzante presiona en un punto sobre una plancha homogénea, acaba por provocar una rotura en forma de grieta de tres brazos separados entre sí 120°; algo así como la estrella de Mercedes-Benz. Suponemos que esto ocurre con el magma ascendente y la corteza oceánica, y por eso muchas islas volcánicas muestran claramente tres ejes de crecimiento en esta disposición. En ellos se concentran las erupciones

¹Texto de: **Machado Carrillo, A.**, 2001. *El Teide. Parque nacional. National Park. Nationalpark.* – Turquesa Ediciones, Santa Cruz de Tenerife. 255 pp. Fotografías: José Manuel Moreno, Fernando Cova y Diego L. Sánchez.

volcánicas, con una máxima acumulación de actividad en el foco central, donde confluyen las tres grietas. La isla, por tanto, crece más deprisa en su centro y luego según estos tres ejes (Teno - Anaga - Rasca).

Así debió ocurrir con Tenerife, aumentando en altura cada vez más y más, a medida que los materiales emitidos por una erupción se apilaban sobre los de la precedente. Hará unos 200.000 años, se estima que la isla alcanzaba una altura entre 4.000 y 4.500 m sobre el nivel del mar. O sea, que donde hoy se encuentra el Teide antes había un amplio macizo, probablemente en forma de cúpula, bastante más alto y con muchísima más masa.

Pero la construcción de un edificio volcánico no es algo que se haga a consciencia y de modo planificado. Hay mucho de azar en su formación y los materiales que lo componen no son homogéneos en absoluto. El resultado es que tenemos una estructura compleja y a menudo desequilibrada. Supongamos que dejamos caer un chorrito de harina sobre un mismo punto en la mesa de nuestra cocina. Se irá formando una montaña blanca creciendo por el centro, pero de vez en cuando, observaremos como se produce una avalancha súbita de harina por un costado, y se pierde media ladera. *Mutatis mutandi*, esto es lo que ocurre, una o más veces, durante el crecimiento de una isla cuando la disposición de las masas exceden el umbral de estabilidad.

Hace unos 170.000 años y de modo repentino, parte de las cumbres centrales de la isla de Tenerife - el pre-Teide, por llamarlo de algún modo - se deslizó por el costado norte de la isla para perderse en el mar. El ingente volumen de materiales desprendidos en tremenda avalancha reposa hoy, desparramado, en el lecho del océano a 3.000 m de profundidad, al pie del edificio insular. Y no es la primera vez que algo así sucedía. El contiguo valle de la Orotava se formó poco antes por un deslizamiento parecido aunque menor, al igual que el valle de Güímar en la fachada sur, que es bastante anterior. ¡Lo que daría uno por poder presenciar semejante acontecimiento geológico! ... desde lejos, por supuesto.

En este hecho catastrófico podemos datar el inicio real de la principal estructura geomorfológica que comprende el Parque Nacional del Teide, el conjunto del circo de Las Cañadas con el cúmulo-volcán del Teide en su sector septentrional; un territorio relativamente joven en términos geológicos.

El amplio valle que quedó abierto tras el gigantesco deslizamiento, fue luego ampliándose poco a poco fruto de la erosión y por derrumbes gravitacionales menores. Es probable que se formara un gran valle en

herradura, semejante quizás a la Caldera de Taburiente en la isla de La Palma, que también es parque nacional. Pero desconocemos qué tan profundo llegó a excavarse esta cuenca calderiforme, pues la pérdida de masas que supuso el gigantesco deslizamiento gravitacional provocó una renovada actividad volcánica. De este modo comenzó a rellenarse el gran valle a medida que iban produciéndose nuevas erupciones alrededor -y sobre todo- donde hoy se encuentra el Teide.

Además de hacer ruido y liberar gases, los volcanes vomitan lava, que no es otra cosa que roca fundida y que, según su menor o mayor viscosidad, fluye bien como ríos incandescentes o avanza lentamente formando amplias y espesas lenguas (quien haya trabajado con chocolate derretido puede hacerse una buena idea de cómo se desparramarían estos fluidos). A veces, la lava es tan espesa que emerge como un enorme pilón y queda allí erguido; o forma sobre la boca del volcán una amplia y viscosa torta que se extiende a medida que nueva lava la alimenta por el centro. La mayor parte de la lava se desparrama por el suelo, pero los volcanes también escupen mucho material sólido al aire, los llamados piroclastos: churretes informes de lava -escoria volcánica- de uno o más palmos de tamaño, bombas de forma ahusada con las marcas de haber girado en el aire, algunas pequeñas como una pelota de golf y otras de varias decenas de kilos; también lanzan partículas menores de pocos centímetros de diámetro - entre 2 y 64 mm se llama *lapilli*- o aún más finas, como son las cenizas volcánicas. Éstas últimas, debido a su menor peso, son proyectadas mucho más lejos o las arrastra el viento, a veces a grandes distancias. Se sabe que *lapilli* de la erupción de Montaña Blanca, junto al Teide, alcanzó la actual zona de la capital de la isla, Santa Cruz, a 40 km al noreste.

El resultado es que todos estos materiales se acumularon y apilaron en el interior del valle hasta casi rellenarlo, quedando al descubierto tan solo la parte superior de las paredes meridionales a modo de un amplio arco, con 17 km de diámetro en su eje NE-SW. Es el llamado circo de Las Cañadas, un recinto de unos 130 km² que no tiene nada que ver con una enorme caldera de explosión, como se llegó a interpretar en el pasado. Las paredes del circo, cortadas casi a tajo por la erosión y los desplomes, permiten ver la compleja estructura de la cobertera original de la isla; es decir, cómo son las entrañas de la isla: diversas capas de lava alternando con estratos de cenizas y otros productos volcánicos, cruzados a menudo por diques verticales que no son otra cosa que las grietas o chimeneas laminares rellenas de lava solidificada en su ascenso para dar lugar a una erupción.

Hay que destacar que la colmatación del valle no se produjo de manera uniforme. A la altura de la montaña de Guajara debió quedar un espigón de materiales más resistentes que no se desbarató del todo durante el gran deslizamiento. Este espigón, bastante maltrecho, constituye hoy los llamados Roques de García, que dividen el Circo de las Cañadas en dos semicírculos o anfiteatros. El oriental, mucho más amplio, se rellenó hasta unos 2.200 m de altitud, mientras que el occidental –donde se abre el Llano de Ucanca–, sólo llegó a los 2.000, quedando entre ambos un desnivel de 200 metros. Por ello, la altura media de la pared en el primer semicírculo resulta más baja (250 m aproximadamente) que la del segundo, con un máximo coincidiendo en el punto donde ambos se unen (pico de Guajara, 2.715 m de altitud).

La gran mayoría de los volcanes responsables del llenado del valle están hoy ocultos bajo los materiales más recientes. Solo unos pocos conos próximos a la pared se mantienen intactos y rodeados por las lavas de otras erupciones (i.e. Montaña Mostaza), mientras que en el centro del gran circo se alza el Teide, con sus 3.718 m de altitud sobre el nivel del mar. No se trata de un volcán único; son muchas erupciones de varios volcanes apoyados uno sobre otro hasta formar la gran masa tan característica que todos admiramos. Al este y algo alejada está montaña Rajada (2.509 m), fruto de una erupción fisural de densas lavas, hoy de color rojizo. Junto a ella y parcialmente sobrepuesta sobre las laderas del Teide, se asienta Montaña Blanca (2.750 m), tapizada por *lapilli* de color claro conocido como piedra pómez. Por el otro lado del Teide, al oeste, se alza el también estrato-volcán de Chahorra o Pico Viejo (3.135 m), que termina en un perfecto cráter de unos 800 m de diámetro y 225 m de profundidad.

El edificio del Teide, propiamente dicho, es cónico y achaparrado, con su ladera norte cayendo directamente hacia el mar y la sur asentada y rellenando Las Cañadas. Hoy sabemos hace poco más de 500 años su altura era menor, sobre los 3.500 m, y terminaba de forma truncada, con recubrimiento de materiales blanquecinos debido a la presencia de campos de solfataras. Sobre esta plataforma aún reconocible –La Rambleta–, surgió la última erupción del Teide (años 1470-1490), formándose el cono terminal o Pilón de Azúcar, con profusión de lavas negras derramadas por toda la fachada norte. Rematado así el Teide, adquiere esa sugerente forma de pecho de joven mujer que tantos cantares evoca.

El cráter del Pilón de Azúcar es pequeño y coqueto, con 80 m de diámetro. Dentro de él y por sus costados hay múltiples fisuras y pequeños huecos por los

que emana gas carbónico, vapor de agua y azufre que se deposita sobre las piedras en forma de cristales amarillos. Esta actividad solfatárica, con temperaturas que oscilan entre los 60 y 85°C, es como el estertor o suspiro final del gran volcán, que se enfría y desgasifica mansamente..., por el momento.

El Parque Nacional del Teide es ante todo, un paisaje volcánico, tremendamente caótico y variado. Conos simétricos o con la boca abierta hacia la dirección que traía el viento durante la erupción; paredones más o menos desbaratados; valles amplios rellenos de material erosivo o por depósitos aéreos de cenizas o lapilli; roques semiderruidos; pitones erguidos o de forma caprichosa; los llamados “malpaíses” o coladas inmensas e intransitables de lavas ásperas o lisas y cordadas; campos de gigantescos bloques sólidos; canales formados por los ríos petrificados de lava, etcétera. Y también hay colorido mineral, pues las lavas cambian de tonalidad según su composición química sea básica o ácida. Las primeras, más pesadas y oscuras, son los basaltos y las segundas, de color claro y más ligeras, son las fonolitas. Además, en Las Cañadas curiosamente coexisten estos dos tipos de rocas así como las composiciones intermedias (traquifonolitas). Todos estos materiales, tanto en forma de roca, escoria o *lapilli*, adquieren tonos rojizos a medida que se oxidan algunos de sus componentes. En general, podemos atribuir a las coladas negras una edad más joven que a las de color ferruginoso. Y también hay materiales azules y verdosos consecuencia de la alteración de silicatos por el paso de vapor de agua sobrecalentado; o las rocas amarillas recubiertas de azufre. Una paleta completa, para goce de cualquier pintor.

Solo los terrenos volcánicos son capaces de mostrar tanto cambio en formas, color y estructuras. Tal disparidad es la expresión obligada de un dinamismo reciente y aún activo. Si fuera posible acelerar el tiempo como se hace con una película de cine, podríamos apreciar qué intensa y dramática es la historia geológica de nuestro Parque. Y así debemos ser capaces de imaginar el calmo paisaje de hoy en día con la furia telúrica sacudiendo el suelo a cada estampido, la noche surcada por ríos de lava incandescente, los bramidos de los volcanes en su apogeo explosivo, y el crepitar de la lluvia de piedras y arena sobre el resignado suelo, levantando polvo con cada impacto. Aterrador y bello, como corresponde a la naturaleza en plena acción.

Historia biológica

Quien ha tenido la suerte de presenciar una erupción volcánica, se habrá dado fácil cuenta del poder destructivo que lleva aparejado. La lava incandescente arrasa y quema todo allí por donde pasa; el *lapilli* o las cenizas ardientes hacen otro tanto, o sepultan cualquier

vestigio de vida bajo metros de sedimento aéreo. Y los gases que emanan del volcán y del suelo próximo –mayoritariamente anhídrido carbónico–ejercen también un efecto letal en la zona. Tras el volcán sólo queda desolación. Sin embargo, el terreno se ha renovado por el aporte de nuevos materiales, estériles de momento, pero listos para iniciar su historia biológica.

La colonización de las nuevas lavas es un fenómeno muy común en las islas volcánicas y comienza en cuanto éstas surgen del mar. No es cuestión de magia. El aire, aunque no lo parezca, está preñado de vida. Semillas, esporas y un peculiar plancton aéreo formado por diminutos insectos que son arrastrados por el viento, constituyen una fuente segura y permanente de vida. A ella se suman los insectos mayores, las aves y los murciélagos, con su gran capacidad de vuelo. Además, estas aves traen en su intestino, enredadas en las plumas o con el barro de las patas, más semillas y gérmenes de vida. Otros personajes, como los lagartos, arriban por el mar, agarrados a maderos flotantes u otro medio de transporte apropiado. La vida acaba por conquistar todo espacio vacío, por remoto que sea. Y cuando las nuevas lavas se han formado sobre una isla ya poblada, entonces las circunstancias son mucho más favorables, pues los terrenos colindantes están vegetados y la mayoría de los animales terrestres que los habitan pueden acceder a ellas por su propio pie. Este es el caso de Las Cañadas y el Teide, en pleno corazón de la isla de Tenerife.

Sin embargo, a pesar de que el acceso a la nueva tierra prometida sea más o menos fácil, el asentamiento definitivo de las especies dependerá de las condiciones ambientales locales que, en el caso que nos ocupa, no son precisamente las más favorables para que la vida prospere. Para empezar, no existe suelo donde las semillas puedan germinar y, consecuentemente, los animales no hallarán nada que comer. La conquista de la lava será, pues, un fenómeno lento y progresivo. Se inicia con el asentamiento de líquenes, esos formidables seres, amalgama de alga y hongo, capaces de crecer donde nadie más lo consigue, sobre la pura roca. Además, los líquenes producen sustancias químicas que descomponen los minerales y así comienza a generarse un poco de suelo, a lo que ayuda también la propia meteorización de la roca debido a las lluvias o la nieve. El proceso es lentísimo y la formación de un par de milímetros de suelo puede llevar miles de años, particularmente si existe poca humedad. Por suerte, el viento acude en auxilio – sobre todo desde el lejano Sahara– arrastrando cantidad de tierra en forma de polvo, que lue-

go se deposita sobre los campos de lava y la colonización vegetal se acelera grandemente.

Tenerife es conocida por la benignidad de su clima, pero esto se refiere a la costa y medianías que quedan bajo la influencia de los vientos alisios. Las condiciones climáticas por encima de los 1.800 m de altitud son diferentes y muy rigurosas. Estamos hablando de una suerte de isla climática dentro de la otra isla y, de hecho, así se la ve flotar encima de un mar de nubes. El aire a estas alturas es liviano y muy seco, generalmente por debajo del 50% de humedad relativa. De ahí su limpidez y transparencia, y el motivo de que los colores resalten tanto.

Por otra parte, el frío es cliente habitual de todas las alturas, y el Teide, a pesar de las latitudes subtropicales donde se ubica, no es excepción. La temperatura media anual ronda los 9-10°C, pero lo más importante desde el punto de vista ecológico, son los grandes contrastes que se producen durante el día y entre las estaciones. En verano, la temperatura media es de 17°C, con máximas de 28°C, mientras que en invierno, la media es de 6 °C, con varios días por debajo de cero. Existen registros asombrosos cuando el aire nocturno enfriado se acumula en el fondo de las cubetas formando auténticos lagos de aire helado. El récord se obtuvo en la cañada de La Grieta, con -16°C, y la media anual de heladas ronda la centena.

Y si hay contraste térmico entre el invierno y el verano, más estresante para los organismos vivos resulta el tener que aguantar oscilaciones de temperatura de 10 a 20°C entre el día y la noche. Esto es realmente duro, máxime si a ello añadimos la escasez o poca disponibilidad de agua en toda la zona. Para empezar, las precipitaciones son muy irregulares y pueden variar de 50 a 800 litros/m² al año, con una media sobre los 400 l/m². Un tercio de estas precipitaciones suele ser en forma de nieve, y prácticamente todos los años nieva unos 10 días, generalmente entre enero y marzo. Es una lástima, pero al Pico de Teide le falta unos 600 m más de altura para alcanzar el límite de la nieves perpetuas. Osea, que toda la nieve que cae se pierde luego, aunque en algunas grietas y cuevas pueda conservarse hielo a lo largo de todo el año. El agua de la lluvia y la nieve derretida se filtra rápidamente en un sustrato tan fracturado. Sólo en las paredes del circo hay algunas fuentecillas o escorrentías de agua permanentes, y en las llanuras sedimentarias (“cañadas” según los canarios), cuando están impermeabilizadas por limos, se forman lagos fugaces tras los tremendos aguaceros que a veces se desatan.

A la vida, en general, le gusta el calor y la humedad, como queda palmariamente demostrado en las selvas tropicales, que son las catedrales de la biodiversidad.

Por eso, si consideramos la escasez de suelo vegetal por un lado, y lo desfavorable que es el clima de Las Cañadas por el otro, no debemos esperar mucha fauna y flora en una región ecológicamente tan extremista. Pero la hay, y bastante esplendorosa...

En las cornisas protegidas del cráter de Montaña Mostaza, por ejemplo, crece un delicado helecho, *Asplenium septentrionale*, que es propio del norte de Europa. Este helecho está adaptado al aire frío, y alguna espora traída por los vientos debió recalar en el Parque y allí se encontró a gusto. Sin embargo, la mayoría de las plantas que poblaron estas alturas no son inquilinos llegados de tan lejos. Se trata de especies canarias que conquistaron las cumbres de la isla a partir de sus medianías o desde otra isla alta, seguramente antes de existir el Teide o el propio circo de Las Cañadas. Unas tuvieron más éxito, como veremos, y otras menos.

Entre éstas últimas cabe mencionar a los árboles, como el pino canario (*Pinus canariensis*), que tanto abunda alrededor del Parque en lo que se conoce como la corona forestal de la isla. En los escarpes de las paredes del Circo crecen unos cuantos pinos añejos aferrados a la roca con su potente sistema radicular; proceden seguramente de piñones traídos por las aves. Otro árbol más frecuente, resistente a la sequedad y característico de las cumbres, es el cedro canario (*Juniperus cedrus*); también crece de forma aislada en las paredes del Circo o al pie de las mismas, donde hay más suelo disponible. Realmente, las condiciones ambientales no son propicias para que se formen bosques o arboledas; es demasiado alto.

Las especies biológicas cambian cuando se ven sometidas a una presión selectiva importante; es decir, evolucionan. Y así debió ocurrir con la flora de Las Cañadas, pues el resultado es que la mayor parte de las plantas nativas que allí crecen son endemismos canarios o de la isla de Tenerife, adaptados a las condiciones ambientales de alta montaña: frío, sequedad, alta radiación ultravioleta, nieve, etc. Estas adaptaciones son variadas y consisten, por ejemplo, en la adopción de una forma redondeada y achatada para protegerse del viento y reducir la pérdida de agua dentro de la planta, donde se genera un microclima más húmedo. El rosalillo de la cumbre (*Pterocephalus lasiospermus*), la hierba pajonera (*Descoudainia bourgaeana*), la magarza del Teide (*Argyranthemum teneriffae*), etc. muestran esta forma en “almohadilla”. Las plantas de la cumbre también suelen desarrollar ceras especiales o muchos pelos con los que cubrir las hojas y protegerlas de la radiación ultravioleta y desecación. Así ocurre en el tajinaste rojo

(*Echium wildpreti*), el tajinaste picante (*Echium aubrianum*) o la crespita (*Plantago webbii*).

Todas estas adaptaciones ayudan a resistir los rigores del clima, pero la táctica más generalizada –y lógica, por otra parte– estriba en producir muchas, muchas flores y, consecuentemente, muchísimas semillas. Las especies de altitudes más bajas, parientes próximos de las típicas del Teide, no son tan espléndidas durante la floración; economizan más sus energías. Sin embargo, en las Cañadas, donde las posibilidades de que las semillas caigan sobre un porción de suelo apto para germinar son muy pocas, el azar se combate con la sobreabundancia. Los alhelíes del Teide (*Erysimum scoparium*) se erizan de largas espigas plagadas de flores lilas y blanquecinas; la hierba pajonera no se queda a la zaga, y la retama del Teide (*Spartocytisus supranubium*) que es la especie más abundante y de más masa vegetal, se forra de un manto de flores blancas y rosáceas; el codeso de cumbre (*Adenocarpus viscosus*) lo hace con flores amarillas, el cabezón (*Cheirolophus teydis*) otro tanto, y no digamos el tajinaste rojo, cuya espiga única envuelta en flores de color carmín, surge al tercer año de vida y puede alcanzar los 2 metros de altura, anunciando la lujuria floral que reina en estos parajes entre mayo y julio.

Por descontado, la vegetación no se distribuye de manera uniforme en Las Cañadas. Hay especies que enraízan sobre terrenos arenosos y sueltos, otras necesitan sustrato más firme y algo de humus; las rupícolas son capaces de crecer sobre los cantiles rocosos aprovechando las fisuras y pequeñas cornisas; las hay delicadas que necesitan estar protegidas del viento, etcétera. Por otra parte, la mayor concentración y variedad de especies se da en las paredes del Circo, ya que son las zonas más antiguas, las más estables en términos relativos, y donde más suelo se acumula. Ello contrasta con el recinto interior del anfiteatro de las Cañadas, más pobre en especies y donde existe un abigarrado mosaico de sustratos con diferentes edades en función del momento en que tuvieron lugar las respectivas erupciones. De este modo, la misma historia de la colonización de las lavas o campos de pómez estériles se va a repetir como un carrusel, una y otra en el tiempo y en el espacio, resultando así un dinámico collage de vegetación en distintas fases de colonización. Por eso es tan variado el escenario a pesar de que no existan muchos actores.

A medida que ascendemos por las laderas del Teide, el número de especies decrece y los retamares se achaparran hasta formar una suerte de alfombra de poco más de medio metro de altura, para luego desaparecer. Ya por encima de los 3.200 m el paisaje es prácticamente mineral y carente de vegetación, con la salvedad de un

par de especies – i.e., *Bromus tectorum*, *Silene nocteolens*– que llegan hasta el borde del cráter mismo, a más de 3.700 m de altitud. Causa pasmo la desfachatez de estas especies, sobre todo de la violeta del Teide (*Viola cheirantifolia*), delicada como todas las de su género y, sin embargo, quizás la más resistente de todas las plantas de la isla.

Cuando la nieve cubre y define el paisaje invernal ocultándolo prácticamente todo, resulta difícil imaginar que los matorrales opacos de tonos verdes o grisáceos que yacen debajo sin apenas actividad fisiológica, puedan florecer luego, en primavera, con la violencia propia de las plantas del desierto. La floración en las Cañadas es un espectáculo sobrecogedor que apabulla por la abundancia, reparto y contraste de colores. Una puntual marea de producción biológica que luego se desvanece con igual premura víctima del estío. Los frutos maduran y caen, la vainas estallan y lanzan sus semillas, y una vez fecundado el suelo, las espigas se secan y todo se agosta. Los rodales de llamativas bolas amarillas formados por la hierba pajonera, parecen ahora rebaños de ovejas cuando el sol destaca a contraluz el color pajizo de sus miles de espigas reseca. Los esqueleto plateados de los tajinastes quedarán en pie hasta que la nieve del próximo invierno los tumba. El paisaje cambia rápidamente; los colores vuelen a hacerse más humildes a medida que el sopor y la calima del verano se adueñan de Las Cañadas. Luego vendrán los fríos, la lluvia y quizás la nieve antes de que se dispare la siguiente feria floral.

La historia biológica que venimos narrando tiene trampa, pues sólo presenta a los protagonistas más llamativos, los que conforman el paisaje visual. Sin embargo, en cualquier ecosistema, plantas y animales forman un todo indisociable. Las fragancias que se desatan en primavera, por ejemplo, tienen un propósito muy concreto: atraer a los insectos hacia la constelación de flores que necesitan ser polinizadas. Las abejas, abejorros, moscas, moscardones, mariposas, chinches y escarabajos florícolas se ocupan de este menester y lo hacen a pleno sol, inundando todo con el permanente zumbido de miles de miles de diminutas alas batiendo frenéticamente; luego, por la noche, el paisaje sonoro enmudece y toman el relevo las polillas, de silencioso vuelo. El exceso de frutos y semillas, las hojas caídas, la propia madera muerta, todo tiene que ser reciclado para que la vida se perpetúe, y esta tarea corresponde también legiones de diminutos animales y bacterias microscópicas que casi siempre pasan desapercibidos. Es la parte semio-culta y casi anónima de la Naturaleza, la que normalmente más trabaja.

Si la flora destaca por ser muy llamativa, la fauna de estas zonas lo hace por todo lo contrario, y conste que el número de especies animales ronda las mil, mientras que las plantas nativas apenas suman setenta especies. También es verdad que el 96% de las especies animales son invertebrados –es decir, gente menuda– mientras que los animales vertebrados se limitan a un lagarto, una salamanesca (*Tarentola delalandii*), una quincena de aves y unos pocos murciélagos. Esta pobreza de animales mayores es reflejo de la que caracteriza a la isla de Tenerife, o al archipiélago canario en general, debido a la condición insular y al propio origen volcánico de las islas. En las Cañadas podrían haber grandes herbívoros –gacelas, arruis o cosas parecidas–, pero estos pesados mamíferos nunca pudieron atravesar el brazo de mar que separa las islas del continente africano. Aquí, los encargados de comerse el exceso de producción vegetal son las orugas de las mariposas, los saltamontes, muchos escarabajos y demás insectos fitófagos. Por eso abundan tanto.

Son muy pocas –unas siete, apenas– las aves que regularmente nidifican a estas altitudes. Algunas de las que escogen para ello paredes del Circo, como las palomas bravías (*Columba livia canariensis*) se desplazan diariamente a las zonas periféricas donde encuentran alimento adecuado. Algo parecido, pero al revés, ocurre con aves granívoras de los pinares y barrancos circundantes. Los canarios (*Serinus canaria canaria*) visitan Las Cañadas con cierta regularidad durante la época de producción de semillas, lo mismo que el pinzón azul, también conocido por pájaro azul del Teide (*Fringilla teydea teydea*), cuando en realidad es una especie propia del pinar, como revela su robusto pico adaptado a comer piñones. Otras aves, como el caminero (*Anthus bertheloti*) y el mosquitero (*Phylloscopus collybita canariensis*), son insectívoras y lógicamente las más comunes en toda la zona, donde las desbordantes poblaciones de insectos tienen que ser oportunamente reguladas por los depredadores. Además de las arañas y los murciélagos, a esta tarea se aplican incluso algunas aves de presa como los cernícalos (*Falco tinnunculus canariensis*), que son bastante frecuentes y que no se cortan para nada si tienen que perseguir saltamontes por el suelo, dando saltitos como cualquier pájaro de segunda división. En realidad, el alimento preferido del cernícalo y el del alcaudón (*Lanius excubitor koenigi*) que también nidifica en Las Cañadas, son los lagartos.

De las dos especies de lagarto presentes en Tenerife, las cumbres de la isla fueron pobladas por la más pequeña (20-30 cm), el lagarto tizón (*Gallotia galloti*). Los machos sexualmente maduros tienen la cabeza muy robusta y negra, con manchas azules en los mofletes y costados del cuerpo, mientras que las hembras

son más esbeltas y están adornadas con rayas longitudinales de color claro. Como buenos reptiles, son muy rústicos y abundan por toda la isla en hábitats soleados, algo que precisamente no les falta en Las Cañadas, lo mismo que el nutrimento. Cuando son jóvenes, prefieren comer insectos, pero ya de adultos se alimentan básicamente de frutos y hojas tiernas. Obviamente, están activos sólo durante los meses cálidos y en invierno se entierran y aletargan. Subterfugios similares son obligados para casi toda la vida animal, sobre todo los insectos y arañas, que en su mayoría superan los meses fríos en estados de resistencia (huevos, capullos, etc.) o entrando en diapausa.

Una excepción notable es la pimelia, un escarabajo globoso, patilargo. de color negro carbón y mayor que una uva. No tiene alas funcionales y los élitros abombados están fusionados dejando bajo ellos una cámara de aire que actúa de aislante térmico. La dureza de su caparazón le protege asimismo de la mayoría de los depredadores, aunque no de los afilados dientes de los erizos (*Erinaceus algirus*) que ocasionalmente deambulan por Las Cañadas. Las pimelias son como pequeños “Panzer” y se las ve activas en pleno día y durante la noche, a veces incluso bajo las piedras cubiertas por la nieve. Son bastante comunes y como quiera que se alimentan de detritus vegetal, nunca les faltará alimento.

El paisaje biológico que apenas hemos esbozado cambia cada año con las estaciones y, de modo puntual, cada vez que sucede una nueva erupción volcánica. No obstante, los actores de esta suerte de función continua, son prácticamente las mismas especies vegetales y animales que miles de años atrás, y por una vez, se adaptaron a vivir en este escenario. Clima, gea, flora y fauna reunidos en un único guión escrito por ellos mismos; así hasta hace unos 2.500 años, momento en que se produce una inflexión en la historia de nuestro territorio con la llegada de un especie vertebrada muy singular: *Homo sapiens*. A partir de entonces cambiaron algunas cosas.

Historia humana

Cuando los europeos conquistaron la isla de Tenerife a finales del siglo XV, tuvieron que combatir con los aborígenes guanches. Su número no era muy elevado y se calcula que podía rondar entre 20.000 y 30.000 almas. Eran de raza blanca y hablaban un idioma próximo al bereber. Vivían en cuevas y cabañas, vestían con “tamarcos” sin cuello ni mangas hechos con piel de cabra o cordero, contraían matrimonio, reconocían a un rey —el “mencey”—, aceptaban el vasallaje, elaboraban leyes y las acataban. Sus ritos

funerarios eran complejos, incluida la preparación de momias. Trabajaban la cerámica sin torno y empleaban lanzas de madera endurecida y piedras para luchar. Se alimentaban principalmente de habas, trigo y cebada tostada y molida —el llamado “gofio”— sin excluir del todo la carne de cabra y oveja, el marisco y los peces de su dieta. Tenían perros y también hacían uso de varias plantas medicinales.

Como quiera que desconocían la navegación, se piensa que junto con su ganado fueron traídos a la isla desde en el interior de la Berbería por pueblos marineros del Mediterráneo; quizás los púnicos. Este era un modo inteligente de establecer puntos de abastecimiento a lo largo de rutas poco transitadas. Se desconoce cuándo exactamente fueron introducidos en la isla. La datación más antiguas de carbón vegetal hallado en cuevas de habitación apuntan hacia el año 250 antes de Cristo.

Los guanches prosperaron y se asentaron principalmente en la faja costera, llegando a constituirse hasta nueve “menceyatos” en la isla. La zona central, Las Cañadas, parece que era territorio común. Desde luego, los guanches y su ganado subían a las cumbres, pues los restos de vasijas y utensilios se han hallado por miles en toda la zona (768 yacimientos arqueológicos); incluso unas cuantas momias bien escondidas en cavidades tapadas luego con piedras. También son fáciles de reconocer los lugares donde los guanches fabricaban las “tabonas” o herramientas para cortar y raspar las pieles. Las tabonas se obtienen deslascando y luego tallando obsidiana, una piedra brillante y negra —a veces con iridiscencias tornasoladas— que se puede encontrar en Las Cañadas. A pesar de su dureza, se trata de vidrio volcánico procedente de lava enfriada muy rápido, sin dar tiempo a la formación de minerales. Otro material útil y buscado en Las Cañadas era el basalto vacuolar o basalto molinero, empleado en la fabricación de molinos de piedra para hacer el “gofio”.

Llama la atención el hecho de que la mayor parte de las vasijas de barro y molinos de piedra hallados escondidos e intactos, no tengan señales de uso. Tal vez Las Cañadas no constituían una zona regular de pastoreo comunal o donde apañar y distribuir el ganado silvestre, sino una suerte de territorio con significado ritual donde hacer ofrendas a sus dioses. En “Echeyde” —el Teide— los antepasados condenados iban a pagar su castigo, y en el interior de la gran montaña moraba “Guayota”, algo así como el espíritu del volcán. Los temblores sísmicos y los volcanes en actividad son algo que siempre infunden respeto. Y estos fenómenos no eran desconocidos para los guanches, como tampoco lo eran para los navegantes que se aproximaban por aguas canarias. Algunos comentarios escritos han llegado hasta nuestros días, como el referido en la trans-

cripción del diario de abordo de Cristóbal Colón hecha por fray Bartolomé de las Casas, “...vieron salir gran fuego de la isla de Tenerife, que es muy alta en gran manera”. Esto fue el 28 de agosto de 1492, en el año del Descubrimiento, y podría tratarse del volcán Boca Cangrejo o de algún episodio de la erupción del propio pico del Teide, que se prolongó durante decenas de años.

El caso es que nuestro paisaje adquiere nuevos e importantes elementos: la figura humana, sus refugios y rediles levantados con piedras, las hogueras durante la noche, el olor a ceniza, el llanto de los niños, las voces de los pastores y el trajín de las cabras. Un paisaje nuevo vivificado por un lado con la cultura – neolítica en este caso–, y por otro empobrecido en vegetación debido a la irrupción de las cabras. Recordemos que las plantas autóctonas evolucionaron sin conocer grandes herbívoros y, lógicamente, el impacto sobre sus poblaciones fue tremendo. La cubierta vegetal se redujo mucho y algunas especies llegaron a escasear, perviviendo solo en los lugares más escarpados e inaccesibles. No nos consta que llegara a extinguirse alguna especie de planta, pero bien pudo darse el caso.

Tras la conquista de la isla por la Corona de Castilla, muchas cosas cambiaron de inmediato, especialmente para los guanches y en las zonas más bajas y medianías, con agua disponible, suelos feraces y buen clima. Las Cañadas sigue siendo una región remota y difícil, pero a medida que la población guanche era engullida por la creciente avalancha de europeos, los pobladores de los asentamientos más cercanos a la cumbre, fueron accediendo a ella en busca de recursos naturales necesarios para la subsistencia. Los pastores se acostumbraron a subir con regularidad una vez pasado el invierno. El número de cabezas de ganado aumentó considerablemente – unas 4.000 a 5.000 cabras– así como los refugios y rediles levantados por los cabreros para protegerse de las noches siempre frías. El aumento de la ganadería no solo en Las Cañadas, sino en toda Tenerife, favoreció el incremento de las poblaciones de aves carroñeras que antes visitaban la isla de forma esporádica. Los guirres (*Neophron percnopterus*), los cuervos (*Corvus corax tingitanus*) y sobre todo los milanos reales (*Milvus milvus*) llegaron a convertirse en una silueta habitual de los cielos de Las Cañadas. Los cuervos incluso nidificaban en su recinto.

Además, los europeos introdujeron en la isla el conejo común (*Oryctolagus cuniculus*) que pronto dominó todo el territorio con pasmoso éxito. Una isla virgen a su disposición, sin linceos zorros, serpientes o mustélidos que temer. Tan solo unos cuantos gatos y las

ratas que también colonizaron el archipiélago, cómplices de las actividades del hombre. Como no podía ser de otro modo, la vegetación recibió resignadamente el impacto de más cabras y del nuevo y prolífico inquilino, el conejo. Toda el área perdió esplendor, cada vez menos verde, cada vez con menos flores.

Por otra parte, Las Cañadas también se convirtieron en lugar de tránsito y comercio entre las vertientes norte y sur de la isla. El llamado camino de Chasna, que discurre en su mayor parte a lo largo del pie de la pared del Circo comunicaba el valle de la Orotava con la comarca de Chasna (hoy Vilaflor), fue designado Camino Real de la Corona, ocupándose ésta de su mantenimiento. Por el transitaban los “gangocheros” o vendedores ambulantes que llevaban lechones u otras mercancías a pie o a lomos de mulos o “camellos”. En realidad, se trataba de dromedarios, pero aquí en las islas siempre se les llamó camellos y camelleros a los arrieros especializados en este medio de transporte. Cabe resaltar la circunstancia negativa de que con estos animales, al igual que con el trasiego anual de ganado, se introdujeron en Las Cañadas plantas ruderales y malas hierbas – más de un centenar de especies– propias de las zonas bajas. Sus semillas viajaban enredadas en los pelos de los animales o en sus estómagos, siendo repartidas con los excrementos a lo largo de los senderos transitados. Aún hoy crecen estas especies invasoras en determinados puntos del Parque y duplican en número al de plantas nativas. Por fortuna, ninguna se ha convertido en una plaga perniciosas.

Mas no todo fueron impactos negativos. Con el desarrollo del cultivo de la vid en las medianías de la isla, el Consejo de Tenerife prohibió que se instalasen colmenas en la proximidad de estos cultivos durante la vendimia, de modo que los colmeneros pronto se acostumbraron a subir sus “corchos” a las cumbres, nada más despuntar la primavera. Los “corchos” son troncos huecos de palmera u otros árboles puestos verticalmente sobre un terreno preparado. Allí dentro hacen las abejas sus paneles y producen una miel extraordinariamente exquisita, dada la inusual oferta de polen existente. Y las flores, por su parte, agradecen cada año la arribada de este refuerzo de polinizadores.

Otros oficios especializados surgieron pronto, como el de los carboneros, quienes amontonaban ramas y troncos pequeños de retama y los cubrían con tierra para conseguir una combustión lenta en ausencia casi de aire. El carbón de retama así obtenido, al igual que la leña de esta leguminosa, eran muy apreciados. Más duro resultaba el trabajo de los recolectores de azufre, subiendo hasta el mismo cráter del Pico tras dos días y medio de ascensión, si partían desde Garachico, que fue el principal puerto comercial de la isla hasta que lo

sepultó parcialmente la erupción de Montaña Negra, en mayo de 1706. Había oficios tan singulares como el de los neveros; gente que acudía con sus bestias a cargar nieve o recoger el hielo acumulado en las grandes grietas protegidas del sol, donde aguantaba hasta seis meses después de la última nevada. Y si éste se agotaba, entonces siempre podían trepar hasta la Cueva del Hielo, a 3.330 m de altitud y próxima al camino del Pico. El hielo se conservaba allí todo el año hasta que un imbécil reventó el fondo de la cueva con dinamita y acabó con la impermeabilización que mantenía el sistema aislado.

En estos años de tranquila ocupación de Las Cañadas sucedieron unas cuantas erupciones, además de la trágica del Chinyero. En 1704 y 1705 se abrieron tres pequeños volcanes alineados en la dorsal de la isla y no muy le de Las Cañadas. Fueron erupciones muy modestas. Dentro del actual recinto del Parque, en las laderas de Pico Viejo se abrieron varias bocas conocidas por las Narices del Teide. Entre el 9 de junio hasta el 8 de noviembre de 1798 estuvo fluyendo lava que rellenó y formó un extenso malpaís en la parte occidental del Parque, sin llegar a desbordar el Circo. Algo más importante por su explosividad fue la erupción del volcán Chinyero en noviembre 1909, un cono de 40 m con nueve bocas a principio y al final con sólo cuatro. Ninguna de estas erupciones causaron destrozos materiales o víctimas humanas.

Estos sucesos geológicos, los temblores sísmicos que llevan aparejados, la misma existencia de una elevación tan notoria –3.718 m– a estas latitudes, y el atractivo que ejercían las tierras inexploradas llamaron lógicamente la atención de la Ciencia europea que comenzaba a despuntar a mediados del siglo XVIII. La narración que hizo Alejandro von Humboldt de su ascensión al Pico Teide (21-6-1799) tuvo que despertar la curiosidad de no pocos naturalistas. A él y su camarada botánico Bonpland se debe la descripción de la violeta del Teide. El geólogo Charles Lyell (1854), el “padre” de la Ecología Ernst Haeckel (1870) y otros muchos ilustres viajeros y naturalistas hicieron sus observaciones y contaron las penurias de la ascensión al gran Pico, no siempre exentas del romanticismo y grandilocuencia tan a gusto de la época. Poco a poco, Las Cañadas y el Teide se fueron convirtiendo en una pequeña Meca para los científicos, y así hasta el presente.

Ya en 1858, C. Piazzi Smyth hizo importantes mediciones radiométricas desde un precario observatorio instalado en la montaña de Guajara, pues las condiciones de observación astrofísica en estos cielos limpios y transparentes son sencillamente insuperables. Años más tarde, en 1910, el francés Jan Mascart ins-

talaría en el mismo sitio un telescopio de 22 cm con el que obtuvo magníficas fotografías del cometa Halley. Estos sufridos pioneros de la astronomía fueron la semente histórica del actual observatorio internacional de Izaña, regido por el Instituto de Astrofísica de Canarias.

También a principios de siglo y financiado por el Kaiser Guillermo de Prusia, funcionó el llamado Observatorio de Las Cañadas, donde se estudiaron por primera vez las peculiaridades climáticas del área. Estas mismas instalaciones fueron aprovechadas por la “Misión científica a Tenerife” de la Asociación internacional contra la Tuberculosis. Sesudos profesores de Viena, Oxford, Cambridge y París acudieron a investigar el efecto del aire seco en los pulmones, el impacto de la radiación solar sobre la piel, o cómo la altitud afecta a la circulación sanguínea.

La ignorancia siempre atribuye tesoros fantásticos a las regiones desconocidas. Así se llegó a albergar la creencia de que el subsuelo de las Cañadas escondía importantes yacimientos minerales. Un fundidor de campanas de La Orotava afirmó que con la carga de tierra de Los Azulejos transportada por dos caballos se hizo dos anillos de oro. Otro paisano supuestamente elaboró cucharas de plata, y recuerdo haber leído una publicación en la que se hablaba de arenas radiactivas con propiedades agrológicas fantásticas. Por suerte, con la creciente afluencia de astrónomos, zoólogos, vulcanólogos, botánicos y médicos, todas estas patrañas quedaron progresivamente desterradas mientras que la justa fama de Las Cañadas y el Teide como lugar selecto y de alto interés científico se fue concretando sobre bases sólidas.

El trasiego de gente –cabreros, pastores, gangocheros, leñadores, colmeneros, científicos, aventureros– por el paisaje de Las Cañadas fue algo constante aunque limitado hasta principios del siglo XX, pues el acceso a las cumbres se hacía a pie o a lomos de animal. Las pocas construcciones modernas que se levantaron en esos tiempos tuvieron que requerir mucho esfuerzo, como fue el caso de la “caseta del Kaiser” o el primer refugio de Altavista, a 3.264 m de altitud, obra de un naturalista inglés residente en la Isla, de nombre Graham Toler. También por aquél entonces, a finales del siglo XIX, el Ayuntamiento de La Orotava hizo acto de posesión del vasto circo de Las Cañadas, hasta entonces de uso público.

La primera carretera asfaltada que atravesó Las Cañadas fue construida después de la Guerra Civil y, según se dice, con mano de obra presidaria. Esto explicaría su trazado en cierto modo ilógico, pues discurre por la mitad del circo oriental, por parajes que no son precisamente los más fáciles; probablemente una suerte de

castigo. No obstante, hoy agradecemos el ajuste al terreno y poco impacto de su trazado, así como las magníficas vistas que ofrece.

Como era de esperar, la apertura de Las Cañadas al tráfico rodado propició una mayor ocupación y explotación del medio. Se otorgan una docena de concesiones mineras para la extracción de piedra pómez, que por su textura porosa es muy útil como pulimentadora en procesos industriales. No todas las minas llegaron a explotarse, pero algunas –como las de San José o La Inmejorable– pronto dejaron el terreno lleno de feos bocados. La saca de leña y el carboneo se incrementan con la asistencia de camiones y vehículos todoterreno. También la caza del conejo con hurón y perros se vio favorecida, haciéndose muy popular. Algunas fuentes fueron canalizadas para llevar agua a las nuevas construcciones que se iniciaron y concentraron cerca de El Portillo. Este paraje, en el extremo oriental del Circo, es el punto de encuentro de la carretera que cruza el Parque con la que baja a la costa por el valle de La Orotava, y la que sigue por la dorsal de la isla hacia La Laguna, ciudad universitaria, y la capital, Santa Cruz. Se abrieron algunos restaurantes y casas de veraneo de particulares, conformándose un pequeño núcleo de servicios.

Siguiendo el espíritu de conquista y dominio de la Naturaleza que imperaba en aquél entonces, fueron muchos y variados los proyectos planteados. Se elaboraron planes para urbanizar todo El Portillo, construir un enorme complejo hotelero, cultivar papas en el Llano de Ucanca, o cubrir de pinos todas Las Cañadas. Pero había más entusiasmo que viabilidad real en estos propósitos, y casi nada se llevó a la práctica. El Patrimonio Forestal del Estado plantó en el llano que se extiende al este de los Roques de García varias hectáreas experimentales con pino canario y pino de Monterrey (*Pinus insignis*), y también ensayó con cedros del Líbano que fueron repartidos por diversos lugares. Esta medida contraria a la integridad natural de un territorio, según la entendemos hoy, llevó aparejada otra muy positiva para la ecología del área, como fue la total erradicación de la ganadería. También existió la intención de instalar un sanatorio antituberculoso en pleno anfiteatro de Las Cañadas, pero solo llegaron a construirse la casa del médico y las cuadras (1920), lo que no impidió que luego, tras la Guerra Civil, algunos vecinos de La Orotava levantaran alrededor unas pocas viviendas para descanso o llevar a sus parientes afectados de tuberculosis.

El incipiente turismo que comenzaba a desarrollarse en la isla alrededor del Puerto de La Cruz, en el valle de La Orotava, tuvo lógica repercusión en la historia de nuestro territorio. En 1959 se edifican un parador

nacional de turismo y una ermita frente a los Roques de García. También se pretendía remontar el Teide con una carretera en espiral, hasta los 3.700 m de altitud. Por fortuna esta memez no era practicable.

Ese mismo y lógico interés por el turismo en un país que intentaba recuperar su economía maltrecha por una guerra civil, la belleza indiscutible del lugar y la preocupación de algunas personas por lo que allí arriba podría desarrollarse, acabaron por desencadenar una campaña a favor de la declaración de Las Cañadas como parque nacional. La idea de parque nacional no era nueva en España, aunque distaba bastante de revestir la precisión y rigor conservacionista con que hoy es asumida. Ordesa y Covadonga fueron declarados en 1914, y la primera solicitud para el Teide fue hecha en 1934, en época de La República.

El caso es que en 1954, después de varios años de insistencia periodística y presión de las autoridades insulares, se constituye el Parque Nacional de Las Cañadas del Teide, el tercero de España y primero de Canarias. Tal declaración, que afectaba a 11.865 hectáreas, fue motivo de legítimo orgullo para todos los isleños y un claro incentivo para el floreciente turismo. Así se comprende mejor la presencia de un Parador Nacional de Turismo en lugar tan remoto, o como fue posible que se construyera con una buena proporción de fondos procedentes de suscripción popular, un teleférico que va desde la base del Teide en su vertiente norte hasta La Rambleta a 3.555 m de altitud, y cuyas torres se ven de todos lados. También por esas mismas fechas –año 1971–, se soltaron en Las Cañadas 13 muflones de Córcega (*Ovis musimon*) por iniciativa de la sociedad insular de cazadores. Es decir, caza mayor como nuevo atractivo, pero una nueva calamidad para la vegetación autóctona que venía recuperándose de la eliminación del pastoreo de cabras. Teleférico y muflones suscitan hoy una gran irritación ecologista.

En el paisaje de Las Cañadas irrumpen pues nuevos elementos: ágiles carneros, bosquetes de pinos, máquinas excavadoras en las minas; algunas edificaciones, carreteras, ruido de coches, puntos de luz eléctrica durante las silenciosas noches, etcétera. Con todo y a pesar de tanto artefacto, el Parque sigue siendo imperio de la naturaleza y lugar donde reconfortar el espíritu, algo que se le presupone y exige a todo parque nacional.

El presente

He fijado en el año 1981 el inicio de la última etapa de nuestro recorrido histórico para hacerla coincidir con la promulgación de la Ley 5/81 de reclasificación del Parque Nacional del Teide. Al margen de que el Parque es ampliado a 13.571 hectáreas, la importancia de

este hito legal radica en que otorga a toda el área un régimen jurídico definitivamente orientado a la conservación de la naturaleza, rechazando la explotación de sus recursos y limitando el uso público recreativo, educativo o científico a que se haga de modo compatible con la preservación de la integridad del territorio

Las minas de piedra pómez son clausuradas; se talan los abetos y los bosquetes de pinos que fueron plantados; algunas edificaciones son demolidas y otras forzadas a adoptar estilos y colores más adaptados al entorno. La Administración responsable del Parque se consolida y a medida que incorpora más personal cualificado se va profesionalizando la gestión del área tanto en su vertiente de conservación como de uso público. Se construyen centros de interpretación para atender el creciente flujo de visitantes; se crean senderos educativos autoguiados, miradores y zonas de pic-nics; se señalizan las rutas; se recogen las basuras, se vigila en todo el Parque, etcétera.

Del total de 920.000 visitantes estimados para el año 1981, se ha pasado a 3.780.000 en 1999; el récord en los parques nacionales españoles. No cabe duda que los excursionistas, colegiales y turistas han pasado a ser la fauna más conspicua del Parque; con sus mochilas, sus cámaras, ropas de colorines, coches y autobuses. La importancia de este trasiego de gentes en la economía turística de la isla es incuestionable, pero los guardaparques tienen que dedicar mucho esfuerzo a controlar semejante río humano que puede llegar a poner en peligro el propio paisaje que tanto les atrae. El Parque podría morir de éxito.

Por otro lado, hay otras muchas tareas de conservación que pueden pasar desapercibidas. Se han arreglado, por ejemplo, los desperfectos provocados por las minas y los taludes de las carreteras; la caza del conejo se autoriza y regula como medida de control de las poblaciones de este herbívoro indeseado, y lo mismo con los muflones que han venido aumentando hasta alcanzar unos 500 ejemplares. Se han elaborado planes para ordenar la apicultura de modo que no suponga un peligro para los visitantes. Del parque no se deja sacar ningún recurso autóctono, con la salvedad de unas pocas tierras de colores que se emplean en La Orotava para la tradicional confección de alfombras durante la festividad del *Corpus Christi*. Se estudia a fondo la fauna y flora de Las Cañas, así como su dinámica. De las 50 especies vegetales endémicas que viven en el Parque, unas 15 son prácticamente exclusivas de él, lo que supone una seria responsabilidad para los gestores del área. Por ello se han elaborado “planes de recuperación” para al menos cuatro de estos endemismos, cuyos efectivos son muy escasos y se consideran en peligro de extinción.

Del frágil *Helianthemum juliae*, por ejemplo, se conocen solo 42 pies al natural, localizados en un punto secreto de la pared del Circo.

Mantener en buen estado de conservación un parque nacional como el de El Teide, inmerso en una economía insular recalentada por el fenómeno turístico, no es tarea fácil. Pero se está consiguiendo, y así fue reconocido por el Consejo de Europa que le otorgó en 1989 el Diploma Europeo en su categoría «A», renovándolo luego en 1994 y 1999. Ello no solo es un reconocimiento a la calidad e importancia científica de los elementos naturales que alberga el Parque, sino – y sobre todo– a la buena gestión que los responsables del área vienen desarrollando. Es un justo homenaje a su labor.

Pocos somos conscientes, por ejemplo, que el esplendor de la vegetación que podemos admirar en la actualidad es un privilegio de nuestra generación, y que sólo lo vieron igual unos pocos guanches cuando llegaron por primera vez con sus cabras. El Parque Nacional del Teide funciona razonablemente bien y tiene buena salud ecológica. De hecho, acaba de ser aprobada una nueva ampliación de 5.619 hectáreas, siguiendo el eje dorsal de la isla hacia el este.

Y termino. Cuando uno penetra en el pasado de un lugar, cuando podemos evocar sus diferentes momentos, entonces es cuando se le conoce de verdad, íntimamente, y la experiencia se hace imborrable. Este es mi regalo. Siempre habrá senderos por los que alejarse de la turbamulta que se aglomera en determinadas zonas. Siempre se podrá esperar a la caída de la tarde, cuando el Parque se vacía de gente y la soledad recupera sus dominios. Entonces uno puede dar rienda suelta a la mente y poblar el paisaje con volcanes escupiendo lava, cubrirlo de nieve o de flores, con guanches acarreado su ganado, o grupos de escolares alborozados y felices de tener un día de escuela al aire libre. Un Parque Nacional se crea para protegerlo del hombre, pero se crea para el hombre. Para ti.

Bibliografía

- Araña, V. & Coello, J. (eds.), 1989. *Los volcanes y la caldera del Parque Nacional del Teide (Tenerife, Islas Canarias)*.– ICONA, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Serie Técnica, Madrid, 443 pp.
- Bacallado, J. J., 1999. *Los parques nacionales de Canarias*.– pp. 131-170, in: Fernández-Palacios, J. M., et allied. (eds.). *Ecología y cultura en Canarias*. La Laguna: Museo de La Ciencia y el Cosmos, 202.– La Laguna: Museo de La Ciencia y el Cosmos, 202 pp.
- Carracedo, J. C., 1998. *Origen y evolución del volcanismo de las islas Canarias*.– pp. 67-89, in: Belmonte, J. A. (ed.). *Ciencia y Cultura en Canarias*.– La Laguna: Museo de la Ciencia y el Cosmos, 165 pp.

Del Castillo, F. 1992-1993. Extractos de las observaciones de Sir Edmund Scory acerca del Pico de Tenerife y otras particularidades que observó allí. – *Tabona* 8(1): 93-115.

Dickson, J. H., Rodríguez, J. C. & Machado, A., 1987. Invading plants at high altitudes on Tenerife especially in the Teide National Park.– *Botanical Journal of the Linnean Society*, 95: 155-179.

Diego Cuscoy, L., 1968. *Los Guanches. Vida y cultura del primitivo habitante de Tenerife*.– Museo Arqueológico de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife, 280 pp.

Hernández Álvarez, J. C., Llaría López, M. A. & Reñasco Gómez, J. A., 1999. *Guía de visita del Parque Nacional del Teide*.– Organismo Autónomo de Parques Nacionales, Madrid, 212 pp.

Machado, A., 1988. *La floración en Las Cañadas del Teide*.– pp. 13-16, in: Cardelús, B. (ed.) *Momentos estelares de la naturaleza española*.– Madrid: Banco de Santander, 137 pp.

Mascart, J., 1912. *Impressions et observations dans un voyage a Tenerife*.– Ernest Flammarion Editeur, Paris, 366 pp.

Martí, J. & Mitjavilla, J. (eds.), 1995. *A field guide to the central volcanic complex of Tenerife (Canary Islands)*.– Cabildo Insular de Lanzarote. Serie Casa de los Volcanes 4, Arrecife, 156 pp.

Ortuño Medina, F., 1980. *Los parques nacionales de las islas Canarias*.– ICONA, Publicaciones del Ministerio de Agricultura, Secretaría General Técnica, Madrid, 175 pp.

Ossuna y Savignon, M. de., 1837. *Viaje al pico de la isla de Tenerife*.– Imprenta de A. Gaspar y Cia, Barcelona, 24 pp.

[Texto de A. Machado “El Parque Nacional del Teide”]

[Añadir texto en negrilla]

[Página 19]

La ignorancia siempre atribuye tesoros fantásticos a las regiones desconocidas. Así se llegó a albergar la creencia de que el subsuelo de las Cañadas escondía importantes yacimientos minerales. Un fundidor de campanas de La Orotava afirmó que con la carga de tierra de Los Azulejos transportada por dos caballos se hizo dos anillos de oro. Otro paisano supuestamente elaboró cucharas de plata, y recuerdo haber leído una publicación en la que se hablaba de arenas radiactivas con propiedades agrológicas fantásticas. Por suerte, con la creciente afluencia de astrónomos, zoólogos, vulcanólogos, botánicos y médicos, todas estas patrañas quedaron progresivamente desterradas mientras que la justa fama de Las Cañadas y el Teide como lugar selecto y de alto interés científico se fue concretando sobre bases sólidas.

Efectivamente, el amplio registro de nombres célebres de la Ciencia vinculados a Las Cañadas y el Teide es meritorio. Además de los sabios ya mencionados, cabe añadir a geólogos como L. von Buch, Ch. St.-C. Deville, G. Hartung, K. von Fritsch y O. Burchard; botánicos como F. Masson, M. A. Broussonet, A. P. Ledru, Ph. B. Webb y S. Berthelot; zoólogos como T. V. Wollaston, D. A. Bannerman, Ch. Bolle y Lord Walsingham, o los naturalistas hijos de la propia tierra, como el erudito José de Viera y Clavijo y el aristócrata don Manuel de Ossuna y Savignon. Sin duda alguna, un ilustrado e ilustrante palmarés. No en balde el Teide figura hoy en el nomenclátor de la UNESCO como uno de los diez volcanes más importantes de La Tierra.

El trasiego de gente –cabreros, pastores, gangocheros, leñadores, colmeneros, científicos, aventureros– por el paisaje de Las Cañadas fue algo constante aunque limitado hasta principios del siglo XX, pues el acceso a las cumbres se hacía a pie o a lomos de animal. Las pocas construcciones modernas que se levantaron en esos tiempos tuvieron que requerir mucho esfuerzo, como fue el caso de la “caseta del Kaiser” o el primer refugio de Altavista, a 3.264 m de altitud, obra de un naturalista inglés residente en la Isla, de nombre **G. Graham-Toler**. También por aquél entonces, a finales del siglo XIX, el Ayuntamiento de La Orotava hizo acto de posesión del vasto circo de Las Cañadas, hasta entonces de uso público.

La primera carretera asfaltada que atravesó Las Cañadas fue construida después de la Guerra Civil y, según se dice, con mano de obra presidaria. Esto explicaría su trazado en cierto modo ilógico, pues discurre por la mitad del circo oriental, por parajes que no son precisamente los más fáciles; probablemente una suerte de castigo. No obstante, hoy agradecemos el ajuste al terreno y poco impacto de su trazado, así como las magníficas vistas que ofrece.

Como era de esperar, la apertura de Las Cañadas al tráfico rodado propició una mayor ocupación y explotación del medio. Se otorgan una docena de concesiones mineras para la extracción de piedra pómez, que por su textura porosa es muy útil como pulimentadora en procesos industriales. No todas las minas llegaron a explotarse, pero algunas – como las de San José o La Inmejorable– pronto dejaron el terreno lleno de feos bocados. La saca de leña y el carbón se incrementan con la asistencia de camiones y vehículos todoterreno. También la caza del conejo con hurón y perros se vio favorecida, haciéndose muy popular. Algunas fuentes fueron canalizadas para llevar agua a las nuevas construcciones que se iniciaron y concentraron cerca de El Portillo. Este paraje, en el extremo oriental del Circo, es el punto de encuentro de la carretera que cruza el Parque con la que baja a la costa por el valle de La Orotava, y la que sigue por la dorsal de la isla hacia La Laguna, ciudad universitaria, y la capital, Santa Cruz. Se abrieron algunos restaurantes y casas de veraneo de particulares, conformándose un pequeño núcleo de servicios.

Siguiendo el espíritu de conquista y dominio de la Naturaleza que imperaba en aquél entonces, fueron muchos y variopintos los proyectos planteados. Se elaboraron planes para urbanizar todo El Portillo, construir un enorme complejo hotelero, **trazar un ferrocarril por las faldas del Teide; abrir un aeropuerto a estas alturas**, cultivar papas en el Llano de Ucanca, o cubrir de pinos todas Las Cañadas. Pero había más entusiasmo que viabilidad real en estos propósitos, y casi nada se llevó a la práctica. El Patrimonio Forestal del Estado plantó en el llano que se extiende al este de los Roques de García varias hectáreas experimentales con pino canario y pino de Monterrey (*Pinus insignis*), y también ensayó con cedros del Líbano que fueron repartidos por diversos lugares. Esta medida contraria a la integridad natural de un territorio, según la entendemos hoy, llevó aparejada otra muy positiva para la ecología del área, como fue la total erradicación de la ganadería. También existió la intención de instalar un sanatorio antituberculoso en pleno anfiteatro de Las Cañadas, pero solo llegaron a construirse la casa del médico y las cuadras (1920), lo que no impidió que luego, tras la Guerra Civil, algunos vecinos de La Orotava levantaran alrededor unas pocas viviendas para descanso o llevar a sus parientes afectados de tuberculosis. **Muchos acudieron, incluso desde la lejana Cuba.**

[Añadir en la bibliografía]

Méndez Pérez, J., 2000. Antecedentes históricos del Teide y Las Cañadas.– Canarina, Consultoría Medioambiental, La Orotava, 277 pp.

[TEXTO SOBRE LA ISLA DE TENERIFE]

Tenerife es la isla de mayor extensión – 2.034 km² – y mayor altitud de todas las Canarias, y ocupa una posición más o menos central en el archipiélago. Es una isla de origen volcánico y de base triangular, dividida por el elevado relieve en dos vertientes climáticas: La nordeste, expuesta a los vientos alisios, con un clima templado, húmedo y nuboso, mientras en la fachada suroeste de sotavento el clima es cálido, seco y soleado. El centro de la isla queda por encima de los 2000 m de altitud, y es donde se abren Las Cañadas y se alza el Teide (3.718 m).

Las condiciones ecológicas también cambian notoriamente según se asciende en altitud. Así, en la faja costera se desarrolla una vegetación semidesértica con especies suculentas y cactiformes, que paran su actividad durante el verano. Por encima de esta franja, ya en la zona montana, se extienden bosquetes de palmeras, dragos, mocanes y otras especies termófilas, que poco a poco dan paso a la laurisilva, un denso bosque asociado a la captación de nieblas por parte de la vegetación. Lo componen muchas especies de árboles que son perennifolios y presentan sus troncos frecuentemente cubiertos de líquenes, musgos y helechos. Por encima de la laurisilva –1400 m – se implanta un pinar que, luego, en las cumbres más altas, es sustituido por un matorral típico de alta montaña. La isla es, pues, muy variada ecológicamente y rica en biodiversidad. Además del Parque Nacional del Teide, existen dos grandes parques rurales, uno en el macizo de Anaga y otro en el de Teno, coincidiendo en ambos casos con las partes más antiguas y erosionadas de la isla, además de albergar la mayor riqueza de plantas y animales endémicos. Existen otras 40 áreas protegidas que, en su conjunto, abarcan el 48,6 % de la superficie insular.

Este alto porcentaje de territorio protegido se justifica por la alta presión humana que existe sobre la isla. Desde su conquista en el siglo XVI hasta el presente, el hombre ha explotado los recursos naturales intensamente, desarrollando monocultivos (plataneras, flores y tomates en la actualidad). La población censada en 1999 alcanzó los 692.366 habitantes, a cuya presión hay que sumar la de más de 3 millones de turistas que recibe la isla al año, pues su economía en el presente pivota alrededor del sector servicios.

La capital, Santa Cruz de Tenerife, cuenta con un gran puerto marítimo, y hay dos aeropuertos internacionales: el Reina Sofía a 50 km, que da servicio a los asentamientos turísticos del sur de la isla, y el de Los Rodeos, a 11 km, junto a La Laguna, primera

capital de la isla, sede del obispado y centro universitario.

La isla tiene mucho que ofrecer al visitante además de una naturaleza portentosa y singular: El folclore, la gastronomía, los centros históricos, la arquitectura tradicional y, en definitiva, los rasgos propios de un pueblo y una isla que han sido amalgama de culturas de tres continentes. Además, partiendo de la cordialidad de los isleños, Tenerife nunca defrauda.